

to modernista en América, Rubén Darío, prólogos para sus recientes y desconocidas obras, especie de cartas de recomendación para un futuro público. Formaban colas de aduladores, de pseudointelectuales, de rastacueros, que abundaban en París, lo mismo que en Madrid, solicitando esta especie de favores literarios. De ellos hablaba Unamuno:

Y esto se agrava cuando de jóvenes americanos se trata, porque allí el bombo mutuo ha hecho estragos y la vanidad literaria tiene aun más poderío —si es lo que esto es posible— que aquí en España. Conservo una carta de un joven venezolano en que me declara que he perdido a sus ojos y he caído del pedestal en que me tenía puesto, por una leve indicación que hice respecto a un libro suyo, una obra mediocre y sin valor. Entonces descubrió en mí al español, al español rudo y beocio, sin chispa de espíritu ático, que está oculto bajo las apariencias de europeo moderno. (*La Lectura*, año III, Tomo II, 1903 pp. 95-98).

Unamuno habla en una ocasión de una especie de sociedad de elogios mutuos, donde autores mediocres endiosaban a sus semejantes y viceversa; y en los anales de la poesía colombiana hay una poesía donde se ridiculiza a los imitadores intocables del modernismo literario «Sinfonía color de fresa con leche»; llamándolos «Rubendariacos». Don Miguel se refería a ellos cuando nos comenta:

Una docena de libros americanos tengo leídos y anotados desde mi última nota; pero se hace un favor a los autores de los más de ellos con pasarles en silencio. Son obras de las que se lee sin enojo, pero que se les olvida tan luego como se ha cerrado sus páginas, obras sin nada saliente, ni en lo bueno ni en lo malo. (*La Lectura* Año II, Tomo III, 1902, p. 351).

El profesor vasco recuerda la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América, cuando vinieron de diferentes lugares, de lejanos rincones americanos, estudiantes con sus respectivos estandartes y pabellones que depositaron en los claustros de la Universidad de Salamanca. Unamuno conversaba mucho: venían visitantes de todas partes y el «hablaba», los demás se callaban. «Era un monólogo perfecto» nos dice Onís. Alfonso Reyes le descubrió sus cualidades de pintor; Rubén Darío lo señaló como poeta auténtico cuando nadie lo había reconocido como tal y el vasco tuvo sus ídolos en América como Sarmiento a quien tributó un culto idolátrico. Gabriela Mistral recuerda que el profesor no gustaba de los indios americanos, como Sarmiento. Al decirle hasta ésta, que aún quedaban indios en nuestros países, él le respondió: «¡No importa! ¡Que desa-

parezcan!» a lo que Gabriela replicó «Ustedes mataron muchos, pero no los acabaron!»<sup>2</sup>

Conviene recordar que los años de más intenso interés unamuniano por la literatura hispanoamericana son los mismos en que el modernismo se adopta como expresión casi exclusiva en el ambiente literario hispánico. Y si tenemos en cuenta que el modernismo tiene raíces francesas y que todos los jóvenes intelectuales de América vuelven sus miradas, no a la madre patria, sino hacia *La Ciudad Luz*, comprenderemos entonces cómo don Miguel, que nunca pudo curarse de su «misologismo crónico» como él mismo lo dijera, se pasó la vida, gritando, vociferando, algunas veces con razón y otras sin ella, contra las nuevas formas literarias.

Unamuno admiraba la literatura colombiana, en parte por ser ésta castiza y por no mostrar influencia francesa. Pero, su «misogalismo» lo llevaba muy lejos, haciéndole criticar injusta e indebidamente a escritores famosos de la talla de Rubén Darío o, al otro extremo, ensalzar a escritores de bajo nivel artístico como, por ejemplo, el uruguayo Alberto Nin Frías, que hoy no recuerda ninguna antología.

Lo que detestaba don Miguel en los jóvenes decadentistas hispanoamericanos era que adoraban sin reservas, a despecho de valores y bellezas nacionales hispánicas, a París, sin que París les hiciese caso alguno. Según Unamuno el modernismo iba rebajando, destrozando, acabando el carácter nacional, hispánico de la literatura hispanoamericana y, de allí que siempre se quejara de estos nuevos poetas<sup>3</sup>. A Silva, uno de los iniciadores de este movimiento, le dedicó dos estudios, pero al discutir su poesía la encontró muy poco castiza y no muy representativa de su tierra. Sin embargo, al poeta colombiano valorado por el profesor de Salamanca quizás en grado superior a Darío, a quien veía más recargado de una fuerte dosis francesa, le reconocía que fue él quien «nos trajo las gallinas» y sin condenar las preocupaciones estilísticas del colombiano, le reconoció cuánto le debían muchos poetas, en una reseña escrita en 1908, el año en que se publicaron las *Poesías* de Silva. En un segundo artículo hace énfasis en la cualidad musical del lirido colombiano.

Unamuno colaboró en varias publicaciones colombianas: *El nuevo tiempo literario*, la revista *Trofeos, Alpha* (de Medellín), *Colombia, La Crónica Literaria, Arte* (de Ibagué), *Revista de las Indias, Revista Nueva Mani-*

<sup>2</sup> Antonio Núñez Jiménez, «El Euro-Centrismo y el Encuentro de dos mundos», en *Cuadernos Americanos, México*, vol. 59, sept-oct. 1988, pp. 76 a 88.

<sup>3</sup> Rubén Darío, según el profesor salmantino, había cometido un «pecado» que no le podía perdonar: tenía un concepto moderno de la belleza.

zales, etc. Y se sintió atraído por la región antioqueña, por su tradicionalismo que le recordaba épocas de un pasado español glorioso, no impregnado con doctrinas estéticas foráneas, sino de pura cepa española. De allí sus referencias a estos autores regionales, porque como bien se lo confesaba a Julio Vives Guerra, «es ya antigua mi debilidad por las cosas antioqueñas», decía en 1910. Y en el prólogo a *Silva* encontramos referencias concretas de escritores antioqueños:

No ha mucho volvía yo a visitarlo en una novela de Tomás Carrasquilla y me parecía volver a la España campesina de hace unos siglos.

Su lengua, el castellano que se habla y escribe en Colombia, es el que más deijos de casticismo tiene para nosotros, conserva ciertas voces y giros arcaicos que aquí van desapareciendo. Al leer novelas y relatos, sobre todo de la región antioqueña, en el corazón de los Andes, de Carrasquilla, de Latorre, de Rendón, me ha parecido verme transportado a rincones de una España que sólo fue o está yéndose.

Unamuno en su desmedida búsqueda de lo tradicionalista, llega a valorar erróneamente a escritores de segunda, como a Francisco Rendón, escritor columbrista autor de *El palacio de la felicidad*, publicado en la revista antioqueña *Alpha*, y Gabriel Latorre, traductor y poeta, colaborador asiduo de la misma revista, autor de una novela, *Kundry*, que hoy nadie recuerda. Federico de Onís comenta:

Mucha más importancia para la consagración de Carrasquilla hubiera tenido el juicio de Unamuno, penetrante descubridor para España y América de valores americanos. Pero su juicio sobre Carrasquilla no logró la difusión y la eficacia que lograron los que hizo desde su juventud sobre el *Martín Fierro*, después sobre Martí y toda su vida sobre Sarmiento. Recuerdo haber leído algún artículo suyo sobre Carrasquilla y haberle oído hablar de él con elogio y simpatía; pero si éste prueba que Carrasquilla no pasó inadvertido para él, sus juicios pasaron inadvertidos para sus lectores<sup>4</sup>.

Ya dijimos antes que don Miguel era un gran conversador, cosa muy notoria suya para cualquiera que lo haya conocido. Otra de sus características era que no elegía a las personas con quienes hablaba, lo mismo le daba hacerlo con una persona culta o con una inculta, con un español o con extranjero; a él le era completamente indiferente. Unamuno, nos dice Federico de Onís, «desde lejos y desde fuera, tenía una visión de los valores

<sup>4</sup> Federico de Onís, *España en América*, Madrid-Caracas, Librería Villegas, 1955, pp. 637-638.

americanos más certera a veces que la de los americanos mismo». En la primera entrevista que tuvo con Maximiliano Grillo en la ciudad de Salamanca, recuerda el colombiano:

Hablamos de la literatura americana. Se expresó con gran elogio del prólogo de Juan de Dios Uribe a las poesías de A. J. Restrepo. En cambio, a los versos del autor *Ni Rey ni Roque* los calificó de soflamas. Para él, Guillermo Valencia era el mejor poeta francés que había escrito en castellano, y *Entrañas de niño*, de Carrasquilla, una novela que encantaba.

## Unamuno y Maximiliano Grillo

Don Miguel era un español que sin moverse de la vieja ciudad castellana, entendía y sentía mejor a América. Fuera de recibir libros, revistas y cartas que de todas partes le llegaban, le visitaban todos los hispanoamericanos que iban a Salamanca muchas veces con la sola intención de conocerle, y los asuntos americanos eran siempre uno de los temas preferidos de su inagotable conversación, nos refiere su discípulo y amigo de infancia Federico de Onís. De esas visitas nos habla Max Grillo, quien sostuvo correspondencia epistolar durante treinta años con el rector de la universidad de Salamanca:

Mi primera entrevista con don Miguel de Unamuno efectuóse en Hendaia. Hallábase él en el destierro que le impuso Primo de Rivera, y como era tan de su solar y de su estirpe sentía hondamente la nostalgia de su España y acercábase a su frontera para dialogar, en tierra francesa, con los campesinos vascos, que no le parlaban de arquitecturas filosóficas o de humanidades salmantinas sino de sus encinares y de sus rebaños.

Max Grillo era un hombre culto, historiador y literato viajero incansable, había recorrido Europa y servido en el cuerpo diplomático en Bolivia. Con Baldomero Sanín Cano había dirigido la *Revista Contemporánea* y era amigo personal de Tomás Carrasquilla con quien sostuvo una polémica sobre el modernismo literario.

Unamuno estaba un poco resentido con él porque no le visitara en Salamanca, donde el maestro había conocido a tantos escritores americanos, adjudicándole las malas lenguas que había sido despedido de la rectoría de la Universidad de Salamanca, bajo el pretexto de haber concedido indebidamente validez académica a dos títulos hispanoamericanos.

Unamuno llegó a pensar en traer profesores americanos para que dictaran conferencias en el *Alma Mater* de su universidad, ofreciéndole dicha oportu-

tunidad al mexicano Alfonso Reyes, y a muchos escritores americanos que lo visitaron en Salamanca les servía de guía, a través de los claustros y calles de la antigua ciudad.

Max Grillo hace referencia a una carta fechada en noviembre de 1904, donde el escritor vasco hace un juicio halagador de su obra:

Hora es de que le escriba. No lo hacía esperando la noticia que hoy le doy y es que no hace aún cuatro días remití a Madrid, a la revista *La Lectura*, una larga nota referente a sus *Emociones de la Guerra*. Es una de las notas que he escrito más a mi gusto y con mayor espontaneidad. Como yo escribí una novela, *Paz en la Guerra*, cuyo fondo histórico es la última guerra española entre liberales y carlistas (1873 a 1876), hago en mi nota referencias a ella, porque no puede usted imaginarse analogías más profundas. Cuando usted dice del generalísimo Vargas Santos, de quien hizo usted un magnífico retrato, me recordaba a Elío, el general Pinzón está magistralmente mostrado...

Y como el colombiano hiciera descripciones hermosas de un escenario americano, Unamuno lo felicita animándolo para que continúe tratando temas vernáculos:

Hace usted bien en cantar al río Magdalena. El infinito se llama ¡ahora! Hay que buscar lo grande en el propio país y en el propio tiempo. Lo mejor que tiene su libro sobre la guerra civil de los tres años es que se encontró usted con un tema digno de inspiración. Crea usted que se hacen cosas más personales contando o cantando lo que uno ha vivido, que no inventando el asunto del canto o del cuento. Cuando un novelista tiene fuerza bastante de imaginación para ello, en vez de escribir novelas, escribe historia. Dar vida a un personaje que existió realmente, sin faltar a la verdad histórica, exige más inspiración que crear un personaje. Si Michelet no hubiera tenido tan soberana y fuerte imaginación habría escrito novelas y no historia.

En otra carta dirigida al colombiano fechada el 25 de julio de 1905, se defiende don Miguel de la censura que le hace fray Nicolás, obispo de Casanare, en carta publicada en *El Nuevo Tiempo*, donde «el buen señor la emprende contra mí, demostrando su profunda ignorancia en teología católica»:

Gracias, muchas gracias, por lo que me dice de mi prólogo a Silva. No sé, si usted dice, he adivinado al hombre, pero no es difícil ¡A través de sus versos se ve tanto en Silva que pasó a mí! Y a mí me libró de su fin el haberme casado a tiempo. Además, ese.